DOSSIER

El rompecabezas CARLISTA

La República pide a Figueras, jefe del Ejecutivo, que acabe con la hidra carlista (*La Flaca*, abril de 1873).

46. **Carlismo y contrarrevolución**
Jordi Canal

52. **La dinastía carlista**
Antonio Manuel Moral Roncal

54. **Orgía de sangre**
José Ramón Urquijo

59. **Una guerra literaria**
Pedro Rújula

64. **La apropiación nacionalista**
Jordi Canal

A la muerte de Fernando VII, los absolutistas cerraron filas tras su hermano Carlos María Isidro y declararon la guerra al Estado liberal, representado por Isabel II. El carlismo, afín al tradicionalismo europeo y hoy reivindicado por muchos políticos nacionalistas, provocó un conflicto que durante cuatro décadas ensangrentó la Península y lastró su desarrollo económico. En el 150 aniversario de la muerte de Don Carlos, cuatro especialistas plantean las claves históricas de esta profunda herida

Carlismo y CONTRA

Las guerras carlistas que asolaron España en el XIX hundían sus verdaderas raíces en el rechazo ideológico al gobierno liberal. Sin embargo, el carlismo no hubiera existido sin la legitimidad que le otorgaba su lealtad dinástica. **Jordi Canal** analiza el fenómeno desde sus orígenes, en 1833, hasta el fin de la Guerra Civil, en 1939

No resulta posible comprender la Historia contemporánea de España sin prestar una especial atención al carlismo. Este movimiento contribuyó a provocar dos guerras civiles en el siglo XIX: la Primera Guerra Carlista (1833-1840) y la Segunda (1872-1876). Participó, asimismo, en numerosas insurrecciones, algaradas, pronunciamientos y conflictos bélicos menores. Y, ya en el siglo XX, sus partidarios se unieron al bando insurrecto en la Guerra Civil española (1936-1939). El carlismo consiguió movilizar a millares de hombres e implicar a otras tantas familias. Su protagonismo no se limitaría, no obstante, al terreno armado. Los carlistas defendieron sus ideas en libros y periódicos, crearon centros políticos y sindicatos y participaron en las elecciones, ocupando un número no despreciable de escaños en las Cortes españolas. También dieron lugar, lógicamente, como todas las culturas políticas importantes, a mitos, ritos y memorias.

El carlismo forma parte de esta categoría más general que se ha venido a denominar contrarrevolución, presente en el siglo XIX en la mayor parte de los Estados de Europa occidental. Liberalismo y revolución eran los principales enemigos de estos movimientos contrarrevolucionarios. El carlismo no sería, sin embargo, la única modalidad de contrarrevolución desarrollada en España –piénsese, por ejemplo, en el realismo del Trienio Liberal, un movimiento que se encuentra en la línea que más adelante retomaría el carlismo–, aunque sí, sin ningún lugar a dudas, la más importante en todos los sentidos. De ahí que, en la Historia española, especialmente para el siglo XIX, contrarrevolución y carlismo se hayan convertido frecuentemente en sinónimos.

Portada de la **Constitución española de 1837**, bajo la regencia de María Cristina, que presenta a Isabel II como defensora de la libertad.

Dios, Patria, Rey

El carlismo es un movimiento sociopolítico de carácter antiliberal y antirrevolucionario, surgido en las postrimerías del Antiguo Régimen y que pervive todavía, aunque en una posición de franca marginalidad, en nuestros días. Las voces "carlismo" y "carlista", aparecidas durante la segunda restauración absolutista de Fernando VII, entre 1823 y 1833, derivaban del nombre del infante Carlos María Isidro de Borbón –el que iba a convertirse en el rey Carlos V de los legitimistas– y designaban la forma evolucionada de unas corrientes preexistentes, cuya principal materialización había sido el realismo. Aunque fue a partir de 1833 cuando el carlismo adquirió fuerza y protagonismo, su surgimiento debe ser insertado en la continuidad de los movimientos realistas, que hunden sus raíces en los conflictos de principios del siglo XIX y tienen sus primeras manifestaciones importantes en la década de 1820.

La cuestión dinástica, que enfrentó a los partidarios de Isabel II y a los de su tío Carlos María Isidro, no alcanza a explicar por sí sola el nacimiento y la prolongada vida del carlismo. Los millares de carlistas que combatieron, en los campos de batalla o en la arena política, y los que en el empeño perdieron la vida, no lo hicieron por la persona de un Rey, sino por lo que la figura de este Rey encarnaba, esto es, una determinada visión del mundo y los proyectos posibles para su materialización. Sin embargo, la dinastía y los diferentes pretendientes se convertirían en piezas esenciales, en un plano simbólico y emblemático, del movimiento. El carlismo sin Carlos –Carlos V, Carlos VI, Carlos VII o Alfonso Carlos I– o sin Jaime, por consiguiente, tampoco hubie-

Jordi Canal es investigador, EHESS, París.

RREVOLUCIÓN

El semanario *La Risa* denunció con esta caricatura la alianza entre **carlistas** y los sectores más reaccionarios del **clero** español (15 de junio, 1872).

ra podido existir. Es una simple ilusión historiográfica. No puede olvidarse que el carlismo fue, aunque no de manera exclusiva, un movimiento legitimista.

La causa carlista expresaba el mantenimiento de la tradición y el combate con el liberalismo y todo aquello que éste significaba y comportaba, tanto en la realidad como a nivel abstracto. Dios, Patria y Rey, con el añadido tardío de Fueros –siempre en el estricto sentido de libertades tradicionales, que excluye cualquier lectura en clave autonomista o nacionalista– constituían los pilares sobre los que se alzaba un ideario que contenía un notable grado de inconcreción. Esta circunstancia facilitó la coexistencia en el interior del carlismo de sectores sociales heterogéneos y de opciones distintas, unidas frente a otras opciones consideradas como enemigas y, pues, amenazantes. El movimiento destacó por su elasticidad, convirtiéndose en el núcleo de diversas amalgamas contrarrevolucionarias formadas en las décadas centrales del siglo XIX y durante los años de la Segunda República (1931-1939).

Núcleos en el Norte y el Este

Las principales zonas de implantación del carlismo se encontraban en el Norte de España, especialmente en el País Vasco, Navarra y Cataluña, aunque también con núcleos destacados en Valencia y en Aragón. La geografía del movimiento se mantuvo, aparentemente, casi inalterable con el paso de las décadas, variando sólo en el volumen de los apoyos. El territorio carlista por excelencia fue el Norte peninsular, especialmente afectado a principios del siglo XIX por amplios e intensos procesos de transformación económica, social y, sin duda, también cultural.

Con el tiempo, la movilización se concentraría en zonas concretas –destacando, entre todas, Navarra–, sometidas a un intenso proceso de carlistización. En estos lugares se dieron las condiciones óptimas para que el carlismo construyese su propio microcosmos, para que se pensase auténticamente como contrasociedad, sin que la inaccesible posesión del Estado destruyese nunca un mito de raíz victimizante. Otras zonas podían incorporarse de manera más o menos coyuntural, sin embargo, a esta geografía, siempre en función de intensos procesos de proselitismo, tal como

Fernando VII y su hermano Carlos María Isidro, que reclamaría su derecho al trono frente a Isabel II, Madrid, Biblioteca Nacional.

ocurrió en algunas provincias andaluzas durante la Segunda República. En toda la larga vida del carlismo existe una más que evidente continuidad, tanto desde el punto de vista del ideario como de las adhesiones, de las estructuras y de las herencias. Una misma cultura política, en continua reelaboración –como todas, no es ningún secreto–, ha nutrido a este movimiento.

La etapa delimitada por los años 1833 y 1876 constituye la de mayor presencia e importancia del carlismo en España. Fue el tiempo de las carlistadas. A lo largo

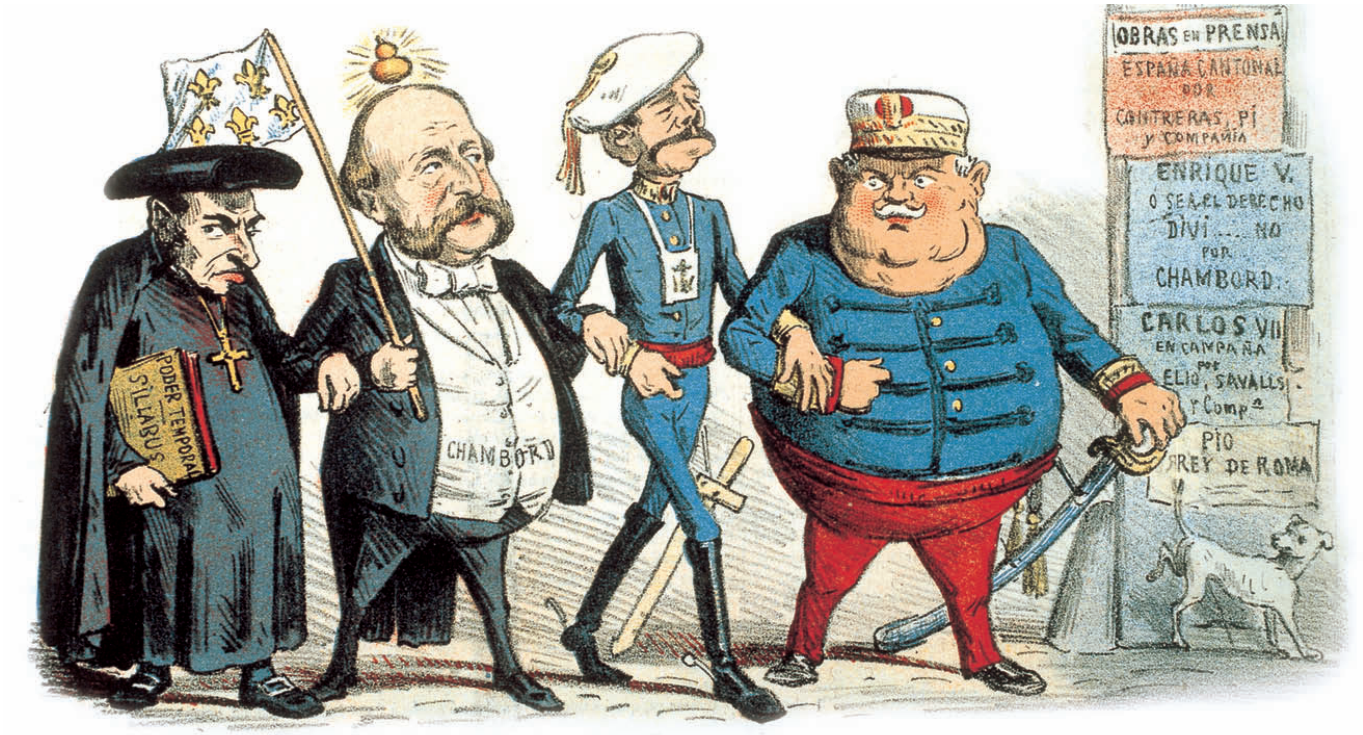
Isabel II, con su madre María Cristina, durante su **minoría de edad**, recibió el apoyo de los liberales, Madrid, Biblioteca Nacional.

de cuatro décadas y media, como consecuencia del enfrentamiento permanente entre carlistas y liberales, se sucedieron guerras y otros conflictos. Podría incluso hablarse para esta época de la Historia española de una larga guerra civil, discontinua pero persistente, en la que se alternaban períodos de combate abierto, conatos insurreccionales, exilios y etapas de tranquilidad más aparentes que reales.

Tanto la Primera Guerra Carlista o Guerra de los Siete Años (1833-1840) como la Segunda (1872-1876) se desarrollaron en momentos muy críticos, perceptibles como potencial o efectivamente revolucionarios. La primera, durante la regencia de María Cristina de Nápoles, viuda de Fernando VII, en pleno proceso terminal de crisis del Antiguo Régimen y de despliegue de la Revolución liberal –los vínculos de la primera carlistada con las luchas de los realistas en el Trienio Liberal y de los agraviados en 1827 resultan, en este marco, más que obvios–. La segunda, en el Sexenio Democrático (1868-1874), un turbulento período que empieza con el destronamiento de Isabel II y que comprende la monarquía de Amadeo I –combatido con saña por los carlistas, como enemigo del Papado, por la actuación de la casa de Saboya durante la unificación italiana– y la corta experiencia de la Primera República. Ambas contiendas tuvieron su campo de operación fundamental en la España septentrional, llegándose a crear en el País Vasco y en Navarra, en algunas fases, verdaderos Estados carlistas. Estas guerras concluyeron con importantes movimientos de éxodo político.

Carlistada en Cataluña

Entre las guerras de los años treinta y de los setenta, aparte de múltiples y variados intentos insurreccionales –en 1855 o en 1860, durante el reinado de Isabel II, en 1869 o en 1870, en los inicios del Sexenio Democrático, por sólo citar los más importantes–, tuvo lugar la Guerra de los *Matiners* (1846-1849), que solamente afectó a Cataluña. Pese a que este conflicto haya recibido por parte de algunos historiadores la denominación de Segunda Guerra Carlista –especialmente en Cataluña, en donde sí constituye una auténtica carlistada como las otras, o bien en medios próximos al carlismo, con el



Caricatura en la que aparecen el legitimista francés **Chambord y Carlos VII**, publicada en *La Flaca*, en septiembre de 1863.

ánimo de acrecentar el número de conflictos bélicos (una tendencia que ha conducido a algunos autores incluso a referirse a una cuarta guerra carlista, considerando como tal el fratricidio de 1936-1939)–, debe reservarse este último apelativo para designar la Guerra Civil que vivió España entre los años 1872 y 1876. Aconsejan esta opción sobre todo las sensibles diferencias que la guerra de fi-

Durante los dos conflictos principales, se crearon en ocasiones, en el País Vasco y Navarra, verdaderos Estados carlistas

nes de la década de los años cuarenta presenta con respecto a la primera y a la segunda carlistadas, tanto por el hecho de circunscribirse solamente a una parte de Cataluña como por las dimensiones y características de la movilización.

La formación de partidas que confluían en un Ejército Real se convirtió en el modelo clásico e ideal de la movilización carlista. La excepción fue la Ortegada, en 1860, una tentativa fallida de desembarco en la costa catalana que, al modo de un pronunciamiento, dirigió el capitán general de las Baleares, Jaime Ortega, y que supuso, entre otras cosas más, la captura del pretendiente Carlos VI, conde de Montemolín, y de su hermano Fernando. El movimiento tipo 1860 constituye una rareza en el marco de las formas de violencia política carlistas. El modelo preferido, en cualquier caso, únicamente pudo ser desplegado en su totalidad en algunos momentos y en algunos territorios. El paso de la formación de partidas a la construcción de un Ejército carlista, igual que la de un Estado, requería unas condiciones determinadas. Se consiguió en las guerras de 1833-1840 y 1872-1876, de manera muy especial en el Norte, y se intentó, con grados diferentes de aproximación, en múltiples ocasiones. Las partidas, la guerra de guerrillas y las insurrecciones a campo abierto resultaron, por consiguiente, las formas más típicas de la violencia carlista. Echarse al monte, que aludía explícitamente al componente rural que enmarcaba la lucha en aquellos tiempos, fue un ejercicio repetido hasta la saciedad. La independencia y la movilidad de las partidas eran la clave de su éxito, pero también un serio obstáculo para su control y encuadramiento. Por esta razón, en momentos de debilidad en la dirección del movimiento, como ocurrió después de cada una de las dos grandes carlistadas, las partidas podían derivar en simples fenómenos marginales o de bandolerismo.

La derrota en la Segunda Guerra Carlista significó el final del carlismo bélico, si descontamos, evidentemente, el movimiento aislado de octubre de 1900 –la denominada Octubrada– y la destacable participación carlista en el bando sublevado en julio de 1936. En todo caso, en 1876 se quebró la última gran amalgama contrarrevolucionaria nucleada por el carlismo. Los nuevos gobernantes de la Restauración (1875-1923) invirtieron esfuerzos ingentes, tanto en lo humano como en lo material, en dar fin a la sucesión de conflictos con el carlismo como protagonista. Los frutos fueron, a la postre, positivos. La Restauración ofreció un período de estabilidad extraordinario en la España contemporánea. Una época de la historia del carlismo, la de las carlistadas, la de la lucha de carácter dual con el liberalismo, había terminado.

La Europa blanca

El carlismo fue, como hemos visto, la principal expresión en España de los movimientos contrarrevolucionarios del siglo XIX. El combate contra el liberalismo y las respectivas revoluciones liberales los unía e identificaba. La contrarrevolución, tanto a nivel del pensamiento como en el de la acción, constituía una reacción ante la revolución, más o menos real, más o menos imaginaria, con la que llega a establecer una relación dialéctica, condicionando las evoluciones tanto de una como de la otra. Una reacción que, de todas maneras, no

El proceso de **reclutamiento y adoctrinamiento de soldados carlistas**, satirizado en una secuencia publicada por *La Flaca* en enero de 1873.

significaba una simple vuelta al Antiguo Régimen, sino que contaba con una ideología y un proyecto social propios.

En Portugal se desarrolló en el siglo XIX el miguelismo, un movimiento con evidentes parentescos de todo tipo con el carlismo. Como en España, las tensiones entre revolución y contrarrevolución marcaron el trienio de 1820-1823 y abocaron, años después, a una guerra civil, entre 1828 y 1834 –y, muy especialmente, entre 1832 y 1834–, que enfrentó a miguelistas y liberales. Los partidarios del absolutista rey Miguel I tenían como lema *Deus, Patria, Rei*. La derrota de 1834 no significaría, sin embargo, el final del combate miguelista. En Italia, las insurrecciones de Viva María en Toscana y de los Sanfedistas en el Sur a finales del siglo XVIII, así como los distintos movimientos de resistencia a la unificación –en especial en el reino de Nápoles, con la dinastía de los Borbones a la cabeza– en el siglo XIX, conformaron las principales expresiones de la contrarrevolución. El *Risorgimento* contiene también, aunque a veces no se quiera reconocer, altas dosis de conflictividad italo-italiana. Francia, finalmente, es sin duda el caso más conocido. Las insurrecciones de La Vendée y de los *chouans* contra la Revolución Francesa tuvieron sus continuaciones, ya en pleno siglo XIX, en el legitimismo de la duquesa de Berry y del conde de Chambord.

Las conexiones entre unos movimientos contrarrevolucionarios y otros fueron permanentes en tierras europeas, poniendo las bases para la existencia informal, en las décadas centrales del Ochocientos, de una especie de internacional blanca. Bastantes fueron las ayudas económicas recibidas y varios los legitimistas extranjeros que lucharon en el bando carlista durante la Guerra de los Siete Años, como muchos fueron los carlistas –sobresalen los nombres de Rafael Tristany, José Borges y Francisco Savalls– que combatieron en Italia durante la etapa de entreguerras, entre 1840 y 1872. El conde francés Henri de Cathelineau, en particular, constituye un excelente ejemplo de la movilidad blanca. Descendiente de una de las principales familias vendeanas que combatieron al jacobinismo, participó en su juventud en la sublevación de la duquesa de Berry, en 1832, incorporándose al cabo de poco tiempo a las filas miguelistas en Portugal y, después, a las carlistas en España. Años más tarde, en 1860, estaba en Roma organizando un cuerpo autónomo de legitimistas extranjeros, y en 1861 se encontraba al servicio

de los Borbones napolitanos; en 1872, finalmente, podemos localizarlo en la frontera franco-española, colaborando en los preparativos del alzamiento que daría paso a la Segunda Guerra Carlista.

A diferencia de los otros movimientos contrarrevolucionarios de Europa occidental, el carlismo sobrevivió con una cierta fuerza tras la etapa de crisis que éstos vivieron en los años sesenta, setenta y ochenta del siglo XIX. El miguelismo pasó a convertirse en marginal en el mapa político portugués a mediados de siglo, después de las insurrecciones de Maria da Fonte y de Patuleia a finales de la década de los años cuarenta, y con la instauración del régimen de la Regeneraçao en 1851. En Italia, la unificación acabó con las resistencias al ascenso del liberalismo integrador y conquistador. El *brigandaggio* napolitano constituyó la última de las expresiones contrarrevolucionarias. En Francia, finalmente, el legitimismo recibió un duro golpe como consecuencia del conocido como *grand refus* de 1873 y, más adelante, con la muerte del conde de Chambord –el pretendiente Enrique V–, que provocó la dispersión de sus partidarios, adhiriéndose al conde de París o a los blancos de España o, simplemente, sucumbiendo a la desmovilización. El carlismo, mientras tanto, tras la derrota en los campos de batalla de 1876, volvería a recuperar una notable presencia en la sociedad española, aunque nunca comparable a la de la etapa de las carlistadas. La larga pervivencia del carlismo resulta, en este sentido, excepcional.

Después de las carlistadas

En 1876 empezaba para los carlistas una etapa nueva, en la que la política iba a ocupar el lugar de la lucha armada y en la que este movimiento debería abandonar su posición de alternativa global al sistema liberal en España y convertirse en un grupo más entre los que competían políticamente dentro de este sistema –aunque fuese pensando siempre en su cada vez más lejana e improbable destrucción–, desde los conservadores hasta los socialistas, pasando por los nacionalismos catalán y vasco. El carlismo se mostró capaz de adaptarse mínimamente a las transformaciones políticas y sociales de la España de la Restauración; de modernizarse, al fin y al cabo.

Únicamente un momento crítico excepcional devolvería al carlismo a las andadas: la Segunda República y la Guerra Civil de 1936-1939. Los carlistas se contaron entre los vencedores de 1939. Por primera vez en un siglo, no sufrían una derrota. A diferencia de otros conflictos anteriores, sin embargo, el carlismo no conformaba uno de los bandos en liza, sino que constituía una parte de uno de los dos bloques enfrentados. La guerra de 1936-1939 no fue otra guerra carlista. El carlismo había vivido en los años treinta una etapa de crecimiento, en la que nucleó nuevamente una amalgama contrarrevolucionaria. Sus límites eran, sin embargo, evidentes, explicando la necesaria y convencida participación en un conjunto superior para derribar la República y hacer frente a la amenazante –en su particular perspectiva– revolución.

La última ocasión en que los carlistas participaron en una guerra civil fue al lado de Franco, en **1936-1939**, aunque fueron los vencidos entre los vencedores. Ilustración de Sáenz de Tejada.

El "triunfo" carlista en 1939 escondía, sin embargo, el inicio de su "derrota". El "triunfo" comportó una notoria desmovilización –suma de desengaños, pero sobre todo de convencimiento de que la revolución había sido definitivamente aplastada–, una sensación entre amplios sectores de ser los vencidos entre los vencedores, y, sobre todo, el final del mito victimizante que había cultivado el carlismo durante más de un siglo. La "derrota" consistió en un proceso imparable de marginación, al que factores internos como las pugnas entre tendencias, y factores generales como las evoluciones de la sociedad española o el Vaticano II, también contribuyeron. El resultado de todo lo anterior es el carlismo de hoy, reducido, dividido y marginal, pero todavía existente. ■

Monarcas sin trono

Dentro de la ideología legitimista, la Corona fue una de las instituciones más importantes de su sistema político, y sus titulares lideraron el movimiento en los siglos XIX y XX.

Carlos (V) María Isidro de Borbón y Borbón (1788-1855)

Infante de España. Educado como un príncipe católico, asumió los ideales contrarrevolucionarios desde muy joven, siendo considerado el heredero de su hermano Fernando VII, con quien siempre estuvo estrechamente unido hasta el conflicto dinástico provocado por el nacimiento de la futura Isabel II en 1830. Defensor de sus derechos dinásticos y de los de sus hijos, fue exiliado discretamente a Portugal y Gran Bretaña con su familia. Se trasladó clandestinamente a España en 1834, liderando a sus defensores tradicionalistas y católicos durante la Primera Guerra Carlista (1833-1840). Exiliado y vigilado en Francia, firmó su abdicación en su hijo mayor en 1845, aconsejado por algunos líderes legitimistas y el papa Gregorio XVI, retirándose al Piamonte y, más tarde, a Trieste, donde falleció.

María Francisca de Asís de Braganza y Borbón (1800-1834)

Infanta de Portugal y España, contrajo matrimonio con el infante don Carlos María Isidro en 1816. Junto a su hermana, la princesa de Beira, y su esposo formaron un partido cortesano contrarrevolucionario y enemigo de cualquier transacción con el liberalismo durante el reinado de Fernando VII. Falleció en el exilio en Gran Bretaña donde fue enterrada con honores de reina.

María Teresa de Braganza y Borbón (1793-1874)

Infanta de Portugal y España, hija primogénita de los reyes Juan VI de Braganza y de Carlota Joaquina de Borbón, fue más conocida con el título de princesa de Beira. Contrajo primeras nupcias con el infante don Pedro Carlos en 1810, de cuya unión nació su único vástago, el infante don Sebastián Gabriel, futuro general carlista. En 1821 se trasladó a España, donde pronto se conocieron sus ideas contrarrevolucionarias y tradicionalistas. Acompañó en el exilio a su hermana y sobrinos, contrayendo nuevo matrimonio con su cuñado don Carlos María Isidro en 1838. De carácter decidido y tenaz, se opuso a cualquier claudicación política en los años de exilio, animando a la lucha y la resistencia a los carlistas. Tras la muerte de Carlos VI y las declaraciones liberales de Juan III, firmó su famosa *Carta a los españoles*, donde declaró la legitimidad de ejercicio por encima de la de origen, invalidando la candidatura de su hijastro y presentando a su nieto Carlos VII como candidato al trono español.

Carlos (VI) de Borbón y Braganza (1818-1861)

Conde de Montemolín. En 1845 publicó un manifiesto conciliador con el programa mínimo del carlismo, con la intención de hacer realidad un posible enlace con su prima Isabel II. La boda de la reina de España con Francisco de Asís de Borbón frustró ese proyecto y fue una de las causas del estallido de la llamada por algunos Segunda Guerra Carlista (1846-1849) o *Guerra dels Matiners*. A pesar de sus intentos por pasar la frontera, nunca pudo unirse a sus fuerzas que fueron derrotadas finalmente, lo que provocó una crisis que le llevaría a renunciar brevemente a sus derechos. En 1860, tras el frustrado levantamiento militar de San Carlos de la Rápita, Carlos Luis fue capturado por las fuerzas isabelinas y obligado a renunciar a sus derechos. Murió al año siguiente sin sucesión directa.

María Carolina de Borbón y Borbón (1820-1861)

Princesa de las Dos Sicilias, contrajo matrimonio con el conde de Montemolín en el Palacio Real de Caserta, en Nápoles, en 1850. De carácter dócil, apoyó las aspiraciones políticas de su marido, asistiendo al final de sus días a la caída de la dinastía de los Borbones de los tronos de las Dos Sicilias y Parma, como consecuencia del proceso de unidad italiano.

Juan (III) de Borbón y Braganza (1822-1887)

Conde de Montizón. Las diferencias entre su esposa, tradicionalista católica, y su pensamiento, cada vez más liberal, motivaron una discreta separación. Lingüista, deportista, incansable viajero, fue conocido en su tiempo por su amplia cultura. En 1860 declaró abiertamente sus deseos de ser reconocido como rey de España, aceptando el régimen constitucional. La princesa de Beira y otros destacados jefes carlistas le solicitaron que aceptara los principios tradicionales o que abdicara en su hijo mayor. Don Juan se negó a ello, reconociendo públicamente a Isabel II tres años más tarde. Tras una serie de frustradas iniciativas políticas, abdicó en su hijo en 1868, luchando bajo sus banderas en la última Guerra Carlista.

María Beatriz de Austria-Este (1824-1906)

Archiduquesa de Austria, hija de Francisco IV, duque soberano de Módena, Reggio y Mirandola, contrajo matrimonio en 1847 con el infante don Juan de Borbón. Su catolicismo tradicional y sus opiniones contrarrevolucionarias marcaron su vida, centrada en la educación de sus hijos y en actividades benéficas. Escritora incansable de literatura religiosa, se retiró al convento de monjas carmelitas de Graz (Austria).

Fernando de Borbón y Braganza (1824-1861)

Infante de España, vivió la mayor parte de su vida en el exilio en diversos países europeos. Fiel a su padre y a su hermano Carlos VI, participó en el intento de San Carlos de la Rápita. Las muertes de don Fernando, el 1 de enero de 1861 y, doce días más tarde, de su hermano Carlos Luis y su cuñada, provocaron rumores sobre un posible triple envenenamiento, pese al anuncio oficial de fallecimiento por tifus.

Carlos (VII) María de los Dolores de Borbón y Austria-Este (1848-1909)

Duque de Madrid, fue uno de los monarcas más populares de los carlistas. Con la publicación de su primer manifiesto, en 1869, comenzó una nueva oportunidad para las armas legitimistas. Tras una frustrada intentona de alzamiento, intentó confiar el movimiento al general

Ramón Cabrera. Ante la negativa de éste, Carlos VII asumió la dirección en la Asamblea de Vevey. En 1872 estalló una insurrección en Navarra y el País Vasco que dio lugar a la última Guerra Carlista que se extendió por otras regiones. La proclamación del joven monarca Alfonso XII y el reconocimiento por el Vaticano del nuevo régimen canovista afectaron a la causa carlista, que fue derrotada por las armas en 1876. Carlos VII abandonó el país y comenzó una serie de viajes por el mundo hasta 1885, en que decidió reasumir la dirección del movimiento y apoyar los intentos de reorganización del marqués de Cerralbo.

Margarita de Borbón-Parma (1847-1893)

Hija de Fernando Carlos III, duque de Parma, y de la princesa Luisa de Francia. Contrajo matrimonio con Carlos VII en 1867, organizando labores de asistencia médica y beneficencia en el campo carlista durante la guerra de 1872-1876, por lo que fue reconocida como "el ángel bueno". Sufrió con coraje continuas infidelidades matrimoniales de su esposo, lo que aumentó su popularidad entre las masas carlistas.

Berta de Rohan-Guémenée (1860-1945)

Contrajo matrimonio con Carlos VII en 1894, residiendo en el palacio Loredán de Venecia. Numerosos carlistas criticaron su influencia sobre el pretendiente, acusándola de provocar el alejamiento físico del príncipe don Jaime y su soltería, al negarse a favorecer su matrimonio con una princesa de sangre real.

Alfonso Carlos (I) de Borbón y Austria-Este (1849-1936)

Duque de San Jaime, fue oficial zuavo del ejército pontificio. Casado, desde 1871, con la infanta María de las Nieves de Braganza (1852-1941), asumió la dirección de las fuerzas legitimistas en el frente de Cataluña y el Maestrazgo durante la última Guerra Carlista. A la muerte de su sobrino don Jaime, fue reconocido como monarca por los carlistas, aceptando la participación de las unidades de requetés en el alzamiento del 18 de julio de 1936. Murió sin sucesión en septiembre de ese mismo año, atropellado por un camión en Viena.

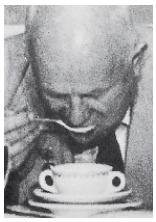
Jaime (III) de Borbón y Borbón (1870-1931)

Educado rígidamente en diversas academias militares de Austria y Rusia, fue oficial del ejército zarista, participando en las guerras de China (1900) y ruso-japonesa (1903-1904). Cuando sucedió a su padre, halló el movimiento carlista dividido y demasiado débil para intentar una nueva insurrección, por lo que apoyó su participación electoral y parlamentaria en España. Durante la I Guerra Mundial (1914-1918), el carlismo se escindió en dos bandos: el jaimista, partidario de la neutralidad, y el germanófilo, acaudillado por Vázquez de Mella. El 6 de marzo de 1925, don Jaime dio a conocer un manifiesto crítico con la dictadura de Primo de Rivera, lo cual fragmentó aún más la débil unidad de los carlistas. Antes de fallecer soltero y sin sucesión directa, firmó un prudente manifiesto ante la proclamación de la Segunda República, aconsejando a sus fieles que ayudaran, sobre todo, al mantenimiento del orden público.

Blanca de Borbón (1868-1949)

Primogénita de Carlos VII, contrajo matrimonio en 1889 con Leopoldo Salvador de Habsburgo (1863-1931), archiduque de Austria-Toscana, con el que tuvo diez hijos. A la extinción masculina de la dinastía carlista en 1936, tras la muerte de su tío don Alfonso Carlos I, en ella recaerían –según sus partidarios– los derechos de la rama en litigio.

Carlos (VIII) de Habsburgo y Borbón (1909-1953)



Archiduque de Austria, hijo menor de la infanta doña Blanca, fue reconocido como heredero de los derechos dinásticos de la rama legitimista por aquellos carlistas que no aceptaron la regencia ni la candidatura de los Borbón-Parma. Contrajo matrimonio con Cristina Satzger de Bálványos en 1938, con la que tuvo dos hijas, Alejandra e Inmaculada.

Javier (I) de Borbón-Parma y Braganza (1889-1977)

Duque de Parma, casado en 1927 con Magdalena de Borbón-Bousset (1898-1984), asumió la regencia al fallecer don Alfonso Carlos I en 1936, adoptando un difícil equilibrio a favor de la oposición moderada y a la expectativa del régimen franquista. Tras la II Guerra Mundial, don Javier intentó evitar la desunión entre las diversas familias carlistas, asumiendo la titularidad de los derechos dinásticos en 1957. El 20 de abril de 1975 anunció oficialmente su abdicación a favor de su hijo Carlos Hugo, pese a sus diferencias ideológicas.

Carlos Hugo (I) de Borbón-Parma (1930)

Duque de Parma, estudió Ciencias Económicas en la Universidad de Oxford y Ciencias Políticas en la Sorbona y fue presentado como príncipe de Asturias por su padre en Montejurra, el 5 de mayo de 1957. Tras la proclamación de don Juan Carlos de Borbón como sucesor a título de rey por Franco, finalizó su etapa de colaboración con el régimen franquista, situándose, junto a la mayor parte de su familia, en la oposición política, asumiendo postulados propios del socialismo autogestionario. El movimiento carlista se dividió nuevamente y Carlos Hugo asumió la dirección de un nuevo Partido Carlista que se incorporó a la Junta Democrática de España (15 de septiembre de 1974) junto al Partido Comunista y otras agrupaciones de izquierda, y a la Plataforma de Convergencia Democrática (20 de abril de 1975). Tras las elecciones de 1979, el descalabro electoral de su partido le llevó a renunciar a su jefatura y dirección política. Tras separarse de su esposa, se trasladó a Estados Unidos, impartiendo clases en la Universidad de Harvard. En 2002 cedió el archivo histórico de los Borbón-Parma al Ministerio de Cultura.

Irene de Orange-Nassau (1939)

Princesa de Lippe-Biesterfeld, hija de la reina Juliana de los Países Bajos y del príncipe Bernardo. Tras su matrimonio en 1964, en Roma, con Carlos Hugo, tuvo cuatro hijos: Carlos Javier (1970), los infantes gemelos Margarita y Jaime (1972) y María Carolina (1974). Tras su divorcio en 1981, ha vivido totalmente alejada de la vida política y oficial de la Corte holandesa.

Sixto Enrique de Borbón Parma (1940)

Enfrentado a la línea ideológica de su hermano Carlos Hugo –el socialismo autogestionario–, se le ha relacionado continuamente con grupos de extrema derecha. Algunos carlistas trataron de presentarlo en los años sesenta como pretendiente frente a su hermano.

Antonio Manuel Moral Roncal
Profesor de la Universidad de Alcalá de Henares

ORGÍA DE SANGRE

Durante las décadas centrales del siglo XIX, el conflicto carlista desgarró España en un rosario de enfrentamientos. **José Ramón Urquijo** esboza las principales guerras carlistas, con el telón de fondo del pulso europeo entre potencias liberales y conservadoras

La Primera Guerra Carlista fue el escenario de varios debates de fuerzas que aspiran a implantar modelos políticos diferentes y, en muchos casos, contrapuestos, de forma radical. En ella se mezclaron quienes aspiraban a una continuidad monárquica de acuerdo con los principios del absolutismo, quienes deseaban tímidas reformas acordes con los nuevos vientos de la política europea y quienes aspiraban a una transformación bajo los principios de un liberalismo más o menos radical. Ni en el campo del carlismo ni en el del liberalismo, los límites estaban perfectamente definidos, ya que los apoyos fueron variando a lo largo de la contienda, aunque había un núcleo claramente estable en cada bando.

La génesis intelectual del movimiento carlista español hay que situarla en los grupos opositores a las reformas aprobadas en Cádiz, durante la Guerra de la Independencia, oposición que se convirtió en actividad armada durante el Trienio Constitucional. La ausencia de herederos varones de Fernando VII representó la oportunidad para intentar la toma del poder bajo una apariencia de respeto a la legalidad.

José Ramón Urquijo Goitia es miembro del Departamento de Historia Contemporánea y director del Instituto de Historia (CSIC).

Tras el fallecimiento del monarca, se produjeron diversas sublevaciones, en general articuladas sobre la movilización de elementos absolutistas, en la mayoría de los casos enrolados en los batallones de Voluntarios Realistas, que fueron convocados por sus jefes naturales. En Castilla, dirigido por Merino, Cuevillas y Basilio García, el levantamiento no logró consolidarse; también fracasó en La Rioja y en el sur de Navarra, cuyo jefe Santos Ladrón de Cegama fue fusilado.

Rey en Vizcaya

Los sucesos más importantes tuvieron por escenario las llamadas *provincias exentas*. El 3 de octubre de 1833, un sector de la Diputación vizcaína proclamó rey a don Carlos, al tiempo que convocaba a los Paisanos Armados. El brigadier Fernando Zabala, el coronel de los Paisanos Armados Pedro Novia de Salcedo y un prohombre local, el marqués de Valdespina, fueron los líderes de la revuelta. En Álava, la dirección de la lucha corrió a cargo de Valentín de Verástegui, y junto a él aparece un veterano de las luchas realistas del Trienio, José Uranga. En Guipúzcoa, se estableció el tercer núcleo surgido en los pueblos del interior, cuyo centro se encontraba en Oñate. Valencia y Cataluña albergaron otros focos de la sublevación, que fueron rápidamente liquidados.

La ausencia de tropas en territorio vasco facilitó la afirmación de la revuelta, hasta que el Ejército acabó con ella a finales de noviembre.

Navarra marcó un nuevo carácter a la guerra: en noviembre de 1833, se constituyó una Junta Gubernativa de Navarra, que acabó por conferir a Zumalacárregui el mando de la tropa, y se empezaron a organizar las diversas partidas, aprovechando que los cristinos concentraban su atención en las vascongadas.

El modelo inicial de lucha fue el de las guerrillas realistas del Trienio, organizaciones territoriales poco interconectadas. Desde diciembre de 1833 hasta la entrada de don Carlos en España (julio de 1834), Zumalacárregui tuvo el mando militar, e incluso el político, del carlismo. Tras la llegada del Pretendiente, mantuvo la jefatura militar y se agudizaron las tensiones con los poderes políticos, la Camarilla del Rey y las Diputaciones.

Desde el punto de vista bélico se distinguen tres períodos: en el primero, se practicó la guerra de guerrillas, que permitía formar un ejército mientras se procuraba el desgaste de las tropas cristinas. Tras esta fase, se inició el control del territorio rural y, en especial, de los valles del Pirineo navarro que posibilitaban el acceso a Francia, de donde llegaba gran parte de los suministros. La fase final está constituida por la ocupación de

Una partida de Cabrera se entrega a una bacanal, mientras fusila a un grupo de enemigos. Cromolitografía que ilustra la edición de 1889 de la *Historia de la Guerra Civil*, de Antonio Pirala.

las villas vascas. Los brotes de Cataluña y El Maestrazgo no lograban consolidarse, aunque persistió la actividad de partidas que no actuaban de forma coordinada ni estaban jerarquizadas.

En junio de 1835, Zumalacárregui se planteó cómo continuar la guerra: avanzar hacia Madrid o completar el dominio del territorio con la conquista de las capitales vascas. Finalmente, optó por el asedio de Bilbao, a fin de contar con plazas importantes que posibilitaran el reconocimiento y la concesión de empréstitos. Durante las operaciones del sitio, una bala hirió en la pierna a Zumalacárregui que, al cabo de diez días, murió en Cegama. Bilbao se convirtió en la obsesión del carlismo en todos los conflictos del siglo.

Desde antes de la guerra, se advirtió una división entre las naciones europeas. Las Cortes conservadoras discrepaban del sistema tan absolutista de Fernando VII, pero no aceptaban las reformas liberales de los exiliados españoles. Junto al rechazo político, se encontraba el de las monarquías que querían defender sus posibilidades sucesorias

División en Europa

Iniciada la guerra, Europa se dividió en dos bloques, cuyas posiciones principales las ocupaban Inglaterra y Francia, frente a Austria, Prusia y Rusia. Las primeras reconocieron inmediatamente a Isabel II como reina. Las llamadas potencias conservadoras suspendieron tal reconocimiento, al tiempo que mantenían sus embajadores en Madrid, aunque sin comprometerse abiertamente en su apoyo a don Carlos. Se trataba de evitar que un nuevo país se decantase a favor del bloque liberal, variando el equilibrio europeo existente.

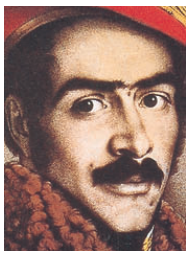
La colaboración del carlismo español, el miguelismo portugués y los absolutistas franceses movió a Inglaterra y Francia a crear la Cuádruple Alianza en 1834, entre cuyos objetivos estaba el garantizar la victoria liberal en España y Portugal. Basándose en este tratado, el Gobierno español solicitó ayuda militar de Francia e Inglaterra, que sólo accedieron al envío de las legiones de "voluntarios", pero nunca al de tropas regulares. Don Carlos recibió algunas ayudas económicas de las Cortes que se mostraban hostiles al liberalismo.

Tras la muerte de Zumalacárregui, se optó por el sistema de expediciones destinadas a extender la sublevación y a coordinar a los grupos sublevados existentes fuera del territorio vasco. En Castilla la Vieja, las guerrillas carlistas quedaron eliminadas en la primavera de 1836, cuando Merino se retiró al País

GENERALES REBELDES

Tomás de Zumalacárregui
Ormáiztegui, 1788-Cegama, 1835
De origen humilde, terminó la Guerra de la Independencia con el grado de capitán. En 1820, fue apartado de la escala activa por su ideología absolutista. Muerto Fernando VII, se unió a las fuerzas carlistas de Iturralde y pronto fue el gran jefe indiscutible del ejército carlista y llegó a contar con unos 30.000 hombres en armas. En el sitio de Bilbao fue herido en una pierna. Cuando los médicos se decidieron finalmente a extraerle la bala, veintiún días después, era demasiado tarde y falleció.

Ramón Cabrera y Griñó
Tortosa, 1806-Wentworth, 1877
Sus padres querían que fuera sacerdote, pero en 1833 se unió a las partidas carlistas del Maestrazgo. El fusilamiento de dos alcaldes en 1836 provocó el de su madre. En represalia, replicó con una campaña tan violenta que se le comenzó a llamar *El Tigre del Maestrazgo*. En 1838 convirtió Morella en capital de su feudo montañés. Espartero tomó la localidad en 1840 y Cabrera se exilió. En 1875, reconoció a Alfonso XII.



Rafael Maroto
Lorca, 1783-Chile, 1847
De origen noble, participó en la Guerra de la Independencia y luego fue enviado a América a luchar contra los independentistas. En 1835, era jefe de las fuerzas carlistas en Vizcaya. Llamado de nuevo en 1838, fue jefe supremo del ejército. A pesar de la oposición de don Carlos, firmó el convenio de Vergara. Murió en Chile durante un viaje privado.

Manuel Ignacio Santa Cruz
Guipúzcoa, 1842-Pasto (Colombia), 1926
El cura Santa Cruz inició en 1870 una acción guerrillera por su cuenta, al margen de las propias tropas carlistas, por lo que acabó siendo perseguido tanto por los liberales como por sus propios correligionarios.

Vasco. En Cataluña, la expedición de Guergué al frente de tropas navarras logró dar cierta cohesión a las partidas catalanas, pero el descontento de los navarros, que no deseaban luchar fuera de su tierra, le obligó a regresar. Los jefes que le sucedieron tampoco lograron una eficaz organización de la lucha.

En El Maestrazgo, Cabrera se había consolidado como la figura indiscutible. Durante este período, la brutalidad de la lucha queda ejemplificada en aquel territorio, en el que no llegó a estar vigente el convenio de Lord Elliot.

En la dirección militar se sucedieron generales desprovistos del carisma del militar guipuzcoano. Durante este período, si bien los liberales no lograron acabar con los carlistas, el avance de estos último fue muy limitado, pues continuaron circunscritos prácticamente al mismo perímetro en que se movía Zumalacárregui. El estancamiento les llevó a una variación en la táctica, que para algunos se debía dirigir al fomento de las expediciones que permitía disminuir la presión sobre el territorio vasco, al tiempo que creaban o potenciaban otros frentes de lucha.

La primera expedición importante fue la encabezada por el general Gómez, cuyo objetivo inicial era crear un foco bélico en Asturias. La impotencia de los liberales para frustrar sus correrías tuvo repercusiones interiores y exteriores. En el interior, asistimos al movimiento juntista de 1836, que acusaba al Gobierno de incapacidad o connivencia con el enemigo, a fin de pactar el fin de la guerra mediante concesiones políticas en perjuicio de los liberales exaltados. En el plano internacional, la expedición de Gómez proyectó la imagen de la capacidad del Ejército carlista para luchar en campos de batalla diferentes a los de las montañas en que se hallaban recluidos. Pero el regreso de la expedición evidenciaba la incapacidad del carlismo para asentarse en territorios distintos al vasco.

Al mismo tiempo, los carlistas iniciaron el asedio a Bilbao, cuya toma fue anunciada en varias ocasiones por los medios realistas europeos. Tras dos meses de sitio, Baldomero Espartero logró una importante victoria en el Puente de Luchana, que ocasionó graves pérdidas a los carlistas. El liberalismo tenía un símbolo y Espartero se convertía en su caudillo.

Pero la penuria económica impidió rentabilizar el éxito y permitió la recuperación de los carlistas, que prepararon una nueva expedición. En esta ocasión, el mando militar lo ejerció el infante don Sebastián Gabriel, sobrino de su rey. Su objetivo era poner en marcha un acuerdo secreto entre María Cristina, y don Carlos para acabar con la guerra mediante la entrega del trono; facilitar el pronunciamiento de la población a favor del pretendiente y dar satisfacción a sus partidarios extranjeros que exigían mayor decisión para acabar la guerra. Pero se volvió a repetir la historia de la expedición del año anterior. Don Carlos vagabundeó por España, se acercó a Madrid, a la que ni siquiera intentó atacar, y se retiró rápidamente hacia territorio vasco. Este nuevo fracaso pesó en el descrédito de la causa carlista dentro y fuera de España.

Convencido del fracaso militar, Maroto pactó con Espartero el reconocimiento de los servicios de armas y de los Fueros

Tras el regreso a territorio vasco, se inició un nuevo cambio de los responsables militares carlistas, al tiempo que los liberales parecían estabilizados bajo el mando de Espartero.

Entre los liberales se discutía abiertamente la necesidad de una transacción para finalizar la guerra, al objeto de evitar un mayor desgaste, y lograr que la prosecución del conflicto facilitase el surgimiento de movimientos radicales. Desde este momento, tomó cuerpo la idea del factor foral como medio de pacificación, coincidiendo con un claro agotamiento de la vía militar y fuertes tensiones entre los partidarios de don Carlos.

Protestas por los ojalateros

En la primavera de 1838 se produjeron diversas sublevaciones en la zona carlista, en protesta contra la presencia de los ojalateros –funcionarios y cortesanos carlistas que, expulsados de territorio liberal, residían en el País Vasco, donde eran mantenidos a costa de la población autóctona y sin incorporarse al Ejército–, y a principios de 1839 Maroto ordenó el fusilamiento de varios generales y el

El Abrazo de Vergara, el 31 de agosto de 1839, entre los generales Maroto, carlista, y Espartero, liberal, sancionó el fin de la Primera Guerra Carlista. Litografía de la época.

destierro de otro grupo de notables, acusados de conspirar, hecho que causó un gran descrédito a la causa carlista.

El convencimiento del agotamiento militar del carlismo movió a Maroto a entablar negociaciones con Espartero para asegurar la paz sobre la base del reconocimiento de los servicios de armas y la conservación de los Fueros. El Abrazo de Vergara –el 31 de agosto de 1839– sancionó el fin de la guerra y fue decisivo para configurar la evolución política española de los años siguientes.

Pero en Cataluña y Aragón continuó la guerra. Durante 1838, Cabrera prosiguió su expansión, aunque fracasó en sus intentos de extender la revuelta a los territorios cercanos. Logró, en cambio, un gran éxito en la ocupación de la plaza de Morella, punto casi inexpugnable que pasó a convertirse en la capital del carlismo levantino. La ocupación de Zaragoza resultó también un fracaso por la imposibilidad de mantenerla. En ese momento, Cabrera pasó a convertirse en el nuevo mito militar del carlismo, sucediendo a Zumalacárregui. Tras el Abrazo de Vergara, continuó la lucha hasta que en julio de 1840 se viese obligado a pasar a Francia. En Cataluña, prosiguieron los enfrentamientos entre militares y la Junta, que alcanzaron su cima con el asesinato del conde de España, lo que provocó la crisis en el Principado.

Batalla en el exilio

El exilio fue el lugar de batalla ideológica entre las diversas facciones carlistas, cuyos integrantes acabaron aceptando las amnistías ofrecidas por los gobiernos liberales. En el interior de España, se produjeron incidentes con partidas armadas carlistas durante el reinado de Isabel II, cuyos perfiles de actuación se encontraban a medio camino entre la reivindicación política y el bandolerismo. Mayor consistencia tuvo la llamada Guerra de los Matiners (finales de 1846), que quedó circunscrita a la zona catalana. Si bien la mayoría de los integrantes de las partidas eran carlistas, la coincidencia con los sucesos de 1848 y la unión de otros grupos de oposición queda reflejada en una sociología en la que no resultaban extraños los republicanos. A mediados de 1849, la sublevación estaba completamente controlada. De menor importancia fueron los episodios de 1855 o el desembarco en San Carlos de la Rápita (1860), que fracasaron. Tras estos sucesos, hubo una reorganización del carlismo, al que la expulsión de Isabel II ofrecía una nueva oportunidad de aspirar al trono.

La coyuntura política en que se produjo esta sublevación facilitó la conjunción de intereses diversos: carlistas, católicos conservadores, isabelinos resentidos de la expulsión, foralistas que reivindicaban la recuperación de dichos privilegios, etc. En esta ocasión, la reivindicación de la legitimidad iba acompañada del rechazo a la imposición de una monarquía extranjera, que había eliminado el poder temporal del Papado.

En este aspecto internacional tampoco existía semejanza con la Primera Guerra. Los antiguos aliados no se mostraban favorables a los carlistas, especialmente porque el nuevo hombre fuerte, el canciller alemán Bismarck, era contrario a dicho movimiento. Lógicamente, en la unificada Italia no se apoyaban movimientos en contra del hijo de su monarca.

La posición francesa estaba determinada por su oposición a Bismarck y al general Prim, al que se responsabilizaba de la guerra franco-prusiana de 1870, entre cuyas causas estuvo la disputa por las candidaturas al trono de España. Diversos incidentes con Alemania –ejecución de un periodista y apresamiento de un buque de dicha nacionalidad– supusieron un agudizamiento de la tensión con el canciller germano, quien vetó cualquier veleidad francesa al respecto.

El 21 de abril de 1872, se produjo un levantamiento, en el que fallaron muchas de las guarniciones en las que habían fijado su esperanza. Dos semanas más tarde, el pretendiente Carlos VII cruzaba la frontera, pero de forma inmediata fue derrotado por la fuerzas liberales del general Moriones, que le obligó a regresar a Francia.

El resto de sus partidarios, sin una dirección clara, optó en mayo de ese año por la firma del Convenio de Amorebieta, que liquidaba la sublevación. Hasta agosto continuó la actividad aislada. En la zona catalana y aragonesa, diversas partidas –Savalls, Tallada, Francesch, Cucala, etc.– mantenían viva la llama de la sublevación, haciendo prolongarse una situación que resultó muy benefi-

ciosa a los planes carlistas. Para provocar una movilización en su favor, Carlos VII reconoció los fueros de Cataluña, Aragón y Valencia. La derrota significó la destrucción de todas las redes existentes, lo que dificultaba la preparación de una nueva intentona y la explosión de las tensiones entre los diversos grupos. Contra los que más reticencias existían era contra los que se habían adherido a la causa tras la sublevación de 1868, quienes, en muchos casos, habían alcanzado puestos de responsabilidad.

Poco a poco, se fue recomponiendo una estructura capaz de organizar un nuevo levantamiento, en medio de una coyuntura de grave deterioro de la monarquía italiana instaurada en España.

A principios de diciembre de 1872, empieza su actividad la partida del cura Santa Cruz, que se convirtió en uno de los principales mitos de la guerrilla carlista. A finales del mismo mes, se generalizó la actividad bélica en el territorio vasco-navarro. Durante el primer semestre de 1873, la convulsa situación política –abdicación de Amadeo e implantación de la República– permitió la consolidación de las partidas carlistas, que acabaron convirtiéndose en muchos casos en un ejército regular. Resurgió la dicotomía entre quienes aspiraban a una formalización de las fuerzas militares y quienes defendían el sistema de fuerzas irregulares.

El general Espartero se convirtió en el héroe de los liberales, por sus éxitos en la campaña contra los carlistas en el Norte.

En los meses centrales de 1873, hubo cerca de 50 batallones formados. Se alternaban las acciones de guerrilla con batallas como las de Eraul (mayo de 1873), y se accedió a un control del territorio que hizo posible la entrada de Carlos VII en España (julio de 1873). Ello fue el inicio de una importante ofensiva carlista, tras la que eran dueños de casi toda Guipúzcoa, Vizcaya (salvo Portugalete y Bilbao) y una parte importante de Navarra, en cuya plaza de Estella, conquistada el 24 agosto, se instaló la capital política de los insurgentes. Durante las operaciones, tuvo lugar la Batalla de Montejurra (de 7 a 11 de noviembre de 1873), que pasó a formar parte de los mitos carlistas.

La reanudación de la guerra supuso el despertar de la actividad en Cataluña, aunque con menos fuerza. Hasta finales de 1873 no hubo una consolidación de la oposición carlista en la zona aragonesa, actividad de la que fue responsable Marco de Bello. Posteriormente, la responsabilidad pasó a manos del infante Alfonso Carlos, lo que despertó recelos entre los viejos luchadores carlistas, que lograron mantener un mando independiente bajo las órdenes de Tristany, veterano de la Primera Guerra.

De nuevo a por Bilbao

Nuevamente la capital vizcaína se convirtió en el objetivo carlista. El cerco se inició en enero de 1874 con la toma de Portugalete, pero los inicios de los bombardeos tuvieron lugar a fines de febrero. Tras diversas iniciativas liberales, se levantó el cerco el 2 de mayo de 1874. Tras el fracaso ante Bilbao, los carlistas combatieron en diversos frentes logrando importantes conquistas (Tolosa, Estella, Laguardia...) y victorias, como la de Abázuza, en la que murió el general Concha, héroe de la liberación de Bilbao.

Pero un acontecimiento político en el campo liberal dio un cambio radical a la guerra: el Pronunciamiento de Sagunto, el 29 de diciembre de 1874, cuya consecuencia fue el restablecimiento de la monarquía en la persona de Alfonso XII. Eso supuso para el carlismo la pérdida de los grupos que habían encontrado en su causa una forma adecuada de oposición a la Revolución de 1868.

La posición carlista en territorio catalán y aragonés se vio debilitada por el reconocimiento de Alfonso XII por Cabrera, luchas internas, con destituciones de jefes militares, propuestas de negociación que terminaron en fusilamientos y, finalmente, la toma de Seo de Urgell, por Martínez Campos, que posibilitó la concentración de fuerzas en las provincias vascas. El 28 de febrero de 1876, Carlos VII regresaba a territorio francés. ■

Dos ejércitos no tan distintos

Las fuerzas carlistas que iniciaron la sublevación tuvieron un doble origen: partidas de personas adictas a la idea contrarrevolucionaria y fuerzas regulares de voluntarios realistas que fueron convocadas por sus jefes, que en algunos casos habían sido destituidos en los últimos meses. Tras la entrada de Sarfield, se produjo una desbandada, por lo que los mandos militares crearon partidas encargadas de sacar mozos de sus domicilios, en muchos casos utilizando sistemas coactivos.

La llegada de Zumalacárregui supuso la regularización de la organización militar que quedó encuadrada de acuerdo con los parámetros normales de dicha institución.

Al finalizar la guerra, el Ejército carlista contaba con cerca de 90.000 hombres. No existen datos exactos sobre la mortalidad, pero todo parece indicar que se trataba de cifras elevadas, sobre todo por el escaso desarrollo de la sanidad. El ejemplo más significativo es el de Zumalacárregui, a quien una herida no muy importante en la pierna le llevó a la tumba.

En el bando liberal, el ejército se enfrentó en los primeros momentos a dos inconvenientes importantes: los efectos de la depuración política de sus oficiales realizada en el reinado de Fernando VII; y en otros casos, la existencia de recelos que impedían un desarrollo adecuado de las relaciones entre ambos. Hacia 1836, el peso de Espartero logró asentar ciertos principios de disciplina y eficacia en el Ejército liberal.

Al finalizar la guerra, los liberales habían duplicado sus efectivos, alcanzando la cifra de 220.000 hombres, de los que algo más de la mitad estaba dedicada directamente a la lucha contra los carlistas (77.000 en el frente norte, 32.000 en Aragón y 23.000 en Cataluña).

J. R. U.

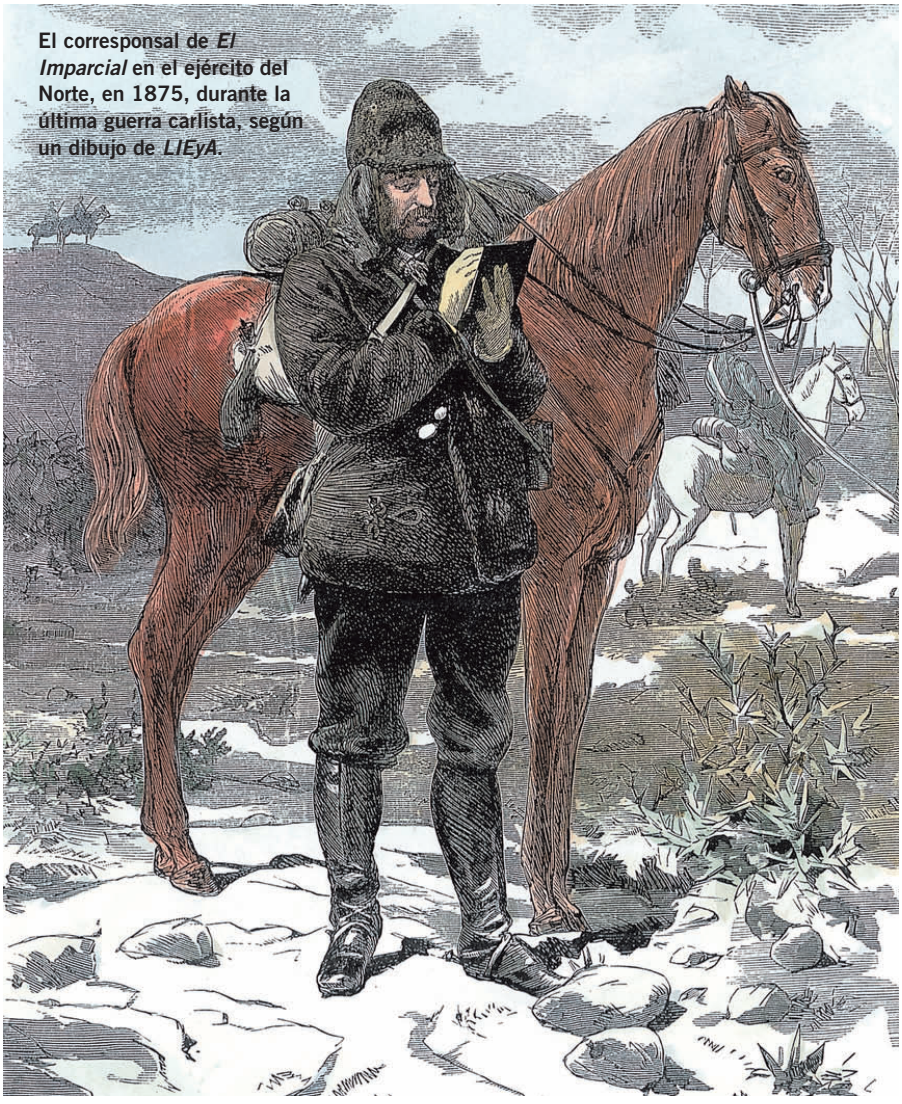
Una guerra LITERARIA

El conflicto carlista fascinó desde el primer momento a los viajeros románticos que se acercaban a la Península y se complacían en ver en él una de las claves de lo hispano. Con los años, pasó de la crónica a la literatura y, finalmente, al cine. **Pedro Rújula** presenta los mejores autores que buscaron inspiración en el carlismo

La experiencia histórica de las guerras civiles del siglo XIX ha tenido una proyección muy duradera sobre el discurso literario; sin embargo, esta presencia no siempre se produjo de la misma forma ni con el mismo fin. El tiempo ha visto cómo los reflejos de la guerra se han ido modificando en una sucesión cambiante de relatos que refieren aquellos acontecimientos.

En los primeros tiempos, lo que primó en los textos fue el valor de la experiencia. España, incorporada plenamente al *tour* europeo, se había convertido en destino de viajeros que contaban con inspirar su alma y su pluma durante el recorrido por un país que se prometía pintoresco y abierto a la sorpresa. El estallido de la guerra civil añadió un ingrediente nuevo al itinerario peninsular que, si bien no siempre fue buscado de forma deliberada, no tardaría en aparecer destacado en los relatos de viajes, como un elemento central que proporcionaba una vía de acceso hacia la comprensión y explicación del país.

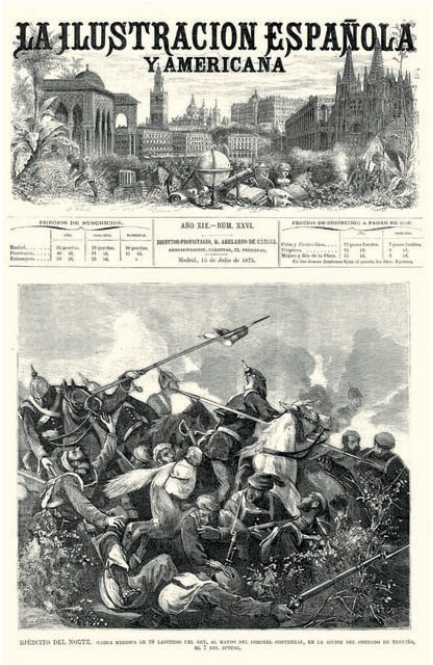
Gran repercusión tuvo la obra de Joseph-Augustin Chaho, *Viaje a Navarra durante la insurrección de los Vascos (1830-1835)*, publicada en París el año 1836. Este autor, considerado uno de los precursores del nacionalismo vasco, trató de identificar las líneas defi-



El corresponsal de *El Imparcial* en el ejército del Norte, en 1875, durante la última guerra carlista, según un dibujo de *LIEyA*.

Pedro Rújula es profesor de Historia Contemporánea, Universidad de Zaragoza.

Portada de la primera edición de la *Historia de la Guerra Civil y de los partidos liberal y carlista*, de **Antonio Pirala**.



Primera página de *La Ilustracion Española y Americana*, el 15 de julio de 1875, informando de una **acción militar en Treviño**.

nitorias del tipo vasco en el contexto de la primera guerra y se topó con que Zumalacárregui, según su criterio, lo encarnaba plenamente. En su obra surgía, en medio de la noche, un héroe mesiánico de "cara expresiva y severa" iluminada por las antorchas que, vestido con boina, pantalón rojo y zamarra negra, tenía fascinado a todo el ejército de la legitimidad.

La figura del general navarro despertó una admiración casi unánime entre aquellos que tuvieron oportunidad de conocerle. En el caso del aventurero C. F. Henningsen, su *Zumalacárregui. Campaña de doce meses por las Provincias Vascongadas y Navarra* (1836), no sólo reflejaba su experiencia entre las tropas rebeldes, sino que formulaba una coherente interpretación del conflicto favorable a don Carlos. La temprana aparición de esta obra en lengua inglesa, sumada a las numerosas traducciones de que fue objeto, hicieron de ella uno de los referentes fundamentales en Europa a la hora de formar una idea de la naturaleza de un conflicto civil que había cautivado el interés internacional desde los primeros momentos.

No fue extraña la presencia de soldados extranjeros combatiendo en las filas de don Carlos, cuyo testimonio sería llevado a la imprenta en los años inmediatamente posteriores a los hechos. Estas obras llegaron a configurar un conjunto memorialístico de gran interés, por su capacidad para adentrarse en las interioridades de la guerra valiéndose del componente de subjetividad sobre el que habían sido construidas. Son notables las *Andanzas de un veterano de la Guerra de España (1833-1840)*, firmado por el barón Guillermo von Rahden (1846), y también *Cuatro años en España (1836-1840)*, de Augusto von Goeben (1841). Aunque la obra de mayor entidad literaria fue la de un personaje eminentemente romántico, síntesis del hombre de armas –oficial del ejército prusiano– y de letras –escritor y poeta–, el príncipe Félix Lichnowsky, quien, en sus *Recuerdos de la Guerra Carlista (1837-1839)*, aparecidos en 1841, trató de poner sus ojos al servicio de mostrar "una tragedia que los tiempos venideros sabrán apreciar en su justo valor, ya que en los presentes sólo se estima el éxito o el fracaso".

Los años posteriores a la Primera Guerra Carlista fueron también los del triunfo comercial de la novela por entregas

Los tópicos de Borrow

Menos homogénea, pero igualmente interesante, fue la producción de aquellos extranjeros que asistieron al espectáculo de la guerra desde el otro lado de las trincheras. Entre ellos, destaca aquel extraño vendedor de biblias por cuenta de una sociedad londinense llamado George Borrow, que desembarcó en la Península en 1835. Recogió sus venturas y desventuras en *La Biblia en España* (1843), donde no faltan referencias a la guerra e interpretaciones del conflicto, como las que surgían durante su estancia en Madrid mientras se aproximaba la Expedición Real a los muros de la capital. "Pero la verdad –escribía– es que los generales carlistas no deseaban terminar la guerra, porque mientras en el país continuase la efusión de sangre y la anarquía, podrían ellos saquear y ejercer esa desenfrenada autoridad, tan grata a los hombres de brutales e indómitas pasiones". También Carlos Dembowski recogió en *Dos años en España y Portugal durante la Guerra Civil, 1838-1840* (1841) el testimonio de sus viajes por territorio liberal, topándose con los ecos de la guerra allí donde marchaba, ya fuera en Valencia o en Madrid. Algo diferente fue la situación del cónsul británico en Bilbao, John Francis Bacon, que en la obra *Seis años en Vizcaya*, incluyendo la narración personal de los sitios de Bilbao (1838), se esforzaba por comprender el conflicto que se le había venido encima, dificultando su labor de defensor de los intereses comerciales de sus compatriotas en la ciudad.

Junto a esta producción bastante coherente basada en el testimonio, se fue desarrollando otra mucho más inmediata, cuyo común denominador era su conexión directa con el público popular. Las modalidades de esta literatura fueron tan diversas que podían ir desde las piezas teatrales de Josep Robrenyo, como *L'hermano Bunyol* (1835), que satirizaba aquella situación en la que "amb lo nom de Carlos quint/ un home posa la mà/ a tot lo que li aco-

Marcha de civiles de los pueblos de Guipúzcoa hacia la capital, **huyendo de las partidas carlistas**, en un dibujo de D. A. Ferrant (*LIEyA,* 1873).

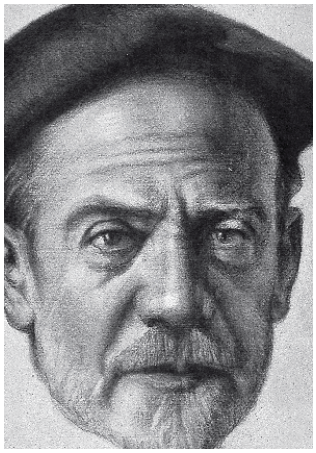
moda", hasta aquellas otras producciones de bajo coste que se vendían en las calles y en las que se ofrecían al gran público las biografías de los principales guerrilleros y militares o los hechos de armas más sonados.

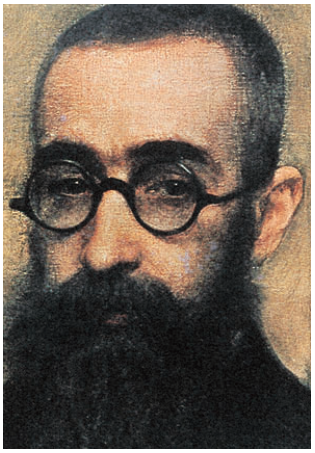
Los años posteriores a la Primera Guerra Carlista fueron también los del triunfo de la novela por entregas como fórmula comercial. Aprovechando la actualidad que habían adquirido las historias de la guerra y el renombre alcanzado por algunos de los protagonistas, este tipo de literatura encontró un filón que conectaba fácilmente con las inquietudes del público. Aquí destacaron autores como Ildefonso Bermejo y, sobre todo, Wenceslao Ayguals de Izco quien con su novela *El tigre del Maestrazgo o de grumete a general* (1846-48), basada en la biografía del general Ramón Cabrera, obtuvo un gran éxito al tiempo que lanzaba una andanada literaria contra la figura del jefe carlista tortosino.

Hacer frente a la historia

Pese al interés que había despertado toda esta producción literaria en torno a la Primera Guerra Carlista, a nadie se le escapaba que sus pies se hundían en el barro de la política. Esto se hizo más patente con el recrudecimiento del enfrentamiento en la Guerra de los *Matiners* y, sobre todo, con el estallido del último conflicto. En estas condiciones, la publicística política desplazó a otras creaciones de menor eficacia partidaria y es necesario llegar hasta el fin de siglo para encontrar un grupo importante de obras que proponen la recuperación de las guerras civiles como escenario. Es precisamente entonces, dos décadas después de concluida la lucha, cuando el tiempo comienza a jugar a favor de la creación literaria y la novela se impone como género más adecuado para tratar los temas que comienzan a tomar el tono de históricos.

La obra que marca esta recuperación es la primera novela de Miguel de Unamuno, *Paz en la guerra* (1897), en la que, retomando los recuerdos de su infancia vividos dentro de los muros del Bilbao sitiado por los carlistas, intenta aproximarse a la lógica que sostiene a la sociedad vasca. Para ello, sobre el escenario histórico, desarrolla una trama que le permite ilustrar la idea de que el carlismo es una realidad rural cuya fuente última se encuentra en el propio paisaje vasco, mientras que el liberalismo surge y se asienta en el medio urbano, estableciendo una tensión que se dirime en la guerra carlista. Notable es su interés por el efecto que habían tenido las





Benito Pérez Galdós noveló el conflicto en varios de sus *Episodios Nacionales*; **Pío Baroja** lo hizo a través del personaje Eugenio de Aviraneta; **Miguel de Unamuno** evocó el cerco de Bilbao en *Paz en la guerra* (1897), y **Valle Inclán** escribió la trilogía *La guerra carlista* entre 1908 y 1909.

historias de la primera guerra sobre las nuevas generaciones que alimentaban en ellas las ansias de sumarse a un combate que se presentaba épico y secular. Y también fija su atención en el papel que pudieron jugar la guerra y la abolición de los fueros en el surgimiento del movimiento político nacionalista.

Benito Pérez Galdós había concluido la segunda serie de los *Episodios Nacionales* con *Un faccioso más… y algunos frailes menos* (1879), interrumpiendo el discurso histórico al filo de la primera guerra, con la llegada del infante don Carlos a suelo español y la consolidación del enfrentamiento. "Los años que siguen al 34 –decía– están demasiado cerca, nos tocan, nos codean, se familiarizan con nosotros. Los hombres de ellos casi se confunden con nuestros hombres. Son años a quienes no se puede disecar, porque algo vive en ellos que duele y salta al ser tocado con escalpelo". Casi veinte años después retoma el proyecto, mucho más convencido de la posibilidad de abordar los años de la guerra civil, y abre la tercera serie con *Zumalacárregui* (1898), al que seguirán otras novelas ambientadas de lleno en ella como *De Oñate a La Granja* (1898), *Luchana* (1899), *La campaña del Maestrazgo* (1899) y *Vergara* (1899). El interés de Galdós por realizar una visión crítica de la historia desarrollada sistemáticamente con cierta voluntad didáctica le llevaría a volver con posterioridad al tema carlista, aunque ya no con la misma intensidad. Todavía fue central en *Carlos VI en La Rápita* (1905), sobre el frustrado desembarco del conde de Montemolín, pero la presencia de la última guerra en la quinta serie de los *Episodios* ya no sería la misma.

En 1906 fue el escritor y publicista tradicionalista Manuel Polo y Peyrolón el que situó durante la tercera guerra carlista en Aragón su novela *El guerrillero*. La obra, cuyo subtítulo era "novela tejida con retazos de la historia militar carlista", fue construida en torno a la figura del jefe carlista Marco de Bello y constituye una fórmula literaria bien integrada con la función propagandística que caracterizó lo esencial de su producción.

El marqués de Bradomín

Poco puede añadirse a tanto como se ha dicho sobre el interés de Valle Inclán por el carlismo. Probablemente su visión más personal se encuentre en el personaje del marqués de Bradomín que aparece en las *Sonatas* (1902-1905), pero la gran apuesta histórica la realizó en la trilogía *La guerra carlista*, que reúne *Los cruzados de la causa* (1908), *El resplandor de la hoguera* (1909) y *Gerifaltes de antaño* (1909). Aquí se manifiestan sus simpatías por las filas legitimistas, como en esa escena en que, contemplando el avance de una columna liberal, escribía: "Aquellos rapacines aldeanos, vestidos con capotes azules y pantalones rojos, que un destino cruel y humilde robaba a las feligresías llenas de paz y de candor antiguo, iban a la guerra por servidumbre, como podían ir a segar espigas en el campo del rico. ¡Que diferentes con aquellos otros soldados del Rey Don Carlos! ¡Verdaderos Cruzados!".

El interés de Pío Baroja por el siglo XIX y, en especial, por las guerras carlistas queda de manifiesto a lo largo de toda su obra. Desde *Zalacaín el Aventurero* (1909) hasta *Siluetas románticas* (1934) las muestras son abundantes, pero el mayor esfuerzo de aproximación lo realizó a través del personaje de Eugenio de Aviraneta, tanto en *Aviraneta o la vida de un conspirador* (1931) como, sobre todo, en las *Memorias de un hombre de acción*. En estas últimas fueron numerosas las novelas cuya trama se tejía en los distintos escenarios de la guerra: *El amor, el dandismo y la intriga* (1922), *Las figuras de cera* (1924), *La nave de los locos* (1925), *Las máscaras sangrientas* (1927), *Humano enigma* (1928), *La senda dolorosa* (1928), *Los confidentes audaces* (1930) y *La venta de Mirambel* (1931). Este proyecto literario, de enorme ambición e interés, llevó a Baroja a profundizar en la historia a quien trató de redimir de sus propias limitaciones, como él mismo decía, "unas veces tropezando en los matorrales de la fantasía y otras hundiéndonos en el pantano de la historia".

La temática carlista llegó a tener reflejo internacional en un escritor de éxito como Pierre Benoit. Éste ambientó la trama de *Por don Carlos* (1920) en torno a la frontera navarra con Francia durante la última guerra, creando un personaje protagonista femenino muy sugerente, aunque sea al precio de cierta inconsistencia histórica en el argumento.

También en España tuvo reflejo, entre los años 20 y los 30, el fenómeno editorial europeo de las biografías. Aquí la colección más destacada fue la de *Vidas Españolas e Iberoamericanas* que, editada por Espasa-Calpe bajo el patrocinio intelectual de Ortega y Gasset, reunió un conjunto de notables volúmenes, mu-

chos de ellos dedicados a personajes del siglo XIX. Entre ellos se encuentra *Zumalacárregui, el caudillo romántico* (1931) firmado por Benjamín Jarnés, donde el escritor superó las limitaciones a la creatividad que le imponía el género biográfico, adoptando una actitud apasionadamente partidaria del personaje a quien consideraba un "artista de la acción", la quintaesencia el héroe romántico. Su consideración es tan elevada que le lleva a separarlo de los bandos en conflicto, situándolo incondicionalmente por encima de ambos. "Zumalacárregui –defendía– era un genio frente a un Estado. Mientras el infante se aprovechaba del genio, Isabel se aprovechaba del Estado. Si éste se ponía al servicio de una niña, Zumalacárregui se había puesto al servicio de un tonto".

La épica de un siglo vencido

La guerra civil de 1936 pondría fin a este período deslumbrante, en el que los autores se habían aproximado a las guerras carlistas del XIX como parte de su interés por integrar la Historia de España en la literatura. Después de esta fecha, el contexto político e intelectual de la dictadura hizo casi imposible eludir una relectura de aquellas guerras civiles perdidas por los carlistas a la luz de esta última, en la que habían combatido entre los vencedores.

Por eso, las aproximaciones más interesantes fueron las que, ensayando una solución diferente, apostaron por incorporar una carga considerable de fantasía, como hizo Joan Perucho en *Las historias naturales*. Por su parte, Antonio Gala se decantó más por el modelo jarnesiano de recreación literaria a partir de las fuentes históricas, y también Pablo Antoñana, Carlos Pujol y Carlos Domingo apostaron por fórmulas historicistas. Buena mezcla de erudición y creación es el Cabrera que surge de la pluma de Antón Castro en *El testamento de amor de Patricio Julve* (1996). Y cabe señalar también la idea de Bernardo Atxaga de buscar en las guerras carlistas un escenario de aventuras para desarrollar el relato juvenil *Un espía llamado Sara* (1996), solución también adoptada por Juan Bas en *El oro de los carlistas* (2001).

En el camino, es cierto, se había perdido la honda carga de introspección histórica que había primado en la etapa anterior, pero su lugar se ha ido rellenando con el interés por encontrar un horizonte épico o misterioso en aquellas complejas luchas a vida o muerte por idearios, unas veces individuales y otras colectivos, que caracterizaron la secuencia de enfrentamientos civiles del Ochocientos español. ■

PARA SABER MÁS

Aróstegui, J.; Canal, J., y González Calleja, E., *El carlismo y las guerras carlistas. Hechos, hombres e ideas*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2003.
Canal, J., *El carlismo. Dos siglos de contrarrevolución en España*, Madrid, Alianza Editorial, 2000.
Garmendía, V., *La Segunda Guerra Carlista*, Madrid, Siglo XXI, 1976.
Millán, J. (ed.), "Carlismo y contrarrevolución en la España contemporánea", *Ayer*, núm. 38, 2000.

El enfrentamiento, en la gran pantalla

La mejor escena que se ha dedicado a las guerras carlistas aparece en una película cuyo tema no es, precisamente, el carlismo. Se trata de aquella con la que da comienzo la película *Vacas* (1992), del director donostiarra Julio Médem, construida en torno a una trinchera defendida por los partidarios de Carlos VII donde las viñetas del *Album Carlista* parecen haber adquirido movimiento, reuniendo con eficacia la acción y la documentación histórica.

Escenas como esta son raras en una cinematografía como la española que no ha frecuentado el género de acción y, por tanto, las películas que han tratado éstas y otras guerras han derivado su interés hacía el contexto histórico más que hacia los campos de batalla. Dejando a un lado la producción francesa que llevó al cine, todavía mudo, la novela de Pierre Benoit, *Pour Don Carlos*, fue en el período franquista cuando cristalizó cierto interés por las guerras civiles del XIX. El primero de los directores en aproximarse a ellas fue Juan de Orduña que, en 1954, realizó una interesante adaptación de *Zalacaín el Aventurero* con la aquiescencia del propio Baroja.

Fotograma de la película ***Vacas*** (1992), de Julio Médem.

Poco después, en 1958, José Luis Sáenz de Heredia dirigió a Francisco Rabal en *Diez fusiles esperan*, película que obtuvo una notable acogida entre el público, y en 1960 sería José Ochoa quien reincidía en la temática con *Alma aragonesa*. *El Primer Cuartel*, dirigida por Ignacio F. Iquino, se estrenó en 1967 sosteniendo un argumento que, en palabras de A. M. Moral, suponía "una clara crítica contra el parlamentarismo liberal" y la defensa de la superioridad de la vida militar, una idea muy en consonancia con los valores que defendía la propia dictadura.

Sin embargo, el director cuyos planteamientos se han orientado de manera más directa a desentrañar las dinámicas de la historia que se entrecruzan en los conflictos carlistas ha sido José María Tuduri. Es muy notable su *Crónica de la segunda guerra carlista* (1988), donde la guerra constituye la espina dorsal de la película. Volvió a rodar sobre el mismo tema un tiempo después, interesándose por uno de los guerrilleros más renombrados de la última guerra en *El cura Santa Cruz* (1991).

La apropiación nacionalista

En los últimos lustros, se han divulgado y extendido algunas ideas sobre el carlismo que, a fuerza de ser repetidas, han terminado por convertirse –de manera interesada o inconscientemente– en casi verdades, en auténticos lugares comunes. Entre éstas, sobresalen las que se refieren a las relaciones entre el carlismo y los nacionalismos vasco y catalán. Se trata, en la mayor parte de los casos, de invenciones o construcciones que datan de diferentes momentos del último siglo y cuarto de nuestra historia. Su popularización, sin embargo, ha tenido lugar sobre todo en los últimos cuarenta años. La situación política española, rica en evoluciones, reacomodaciones y (re)legitimaciones, y con la presencia –no debe olvidarse– de un preocupante problema de definición y competencia nacionales, ha contribuido poderosamente a la proliferación de referencias simplistas, sin matices y desprovistas de todo fundamento histórico al vínculo entre nacionalismos y carlismo.

Tres de estas ideas falsas y lugares comunes, muy repetidos en medios políticos y periodísticos, así como en algunos libros de historia, merecen una especial atención:

1) El carlismo fue una suerte de pre-nacionalismo catalán y/o vasco.

Esta aseveración puede encontrarse en las declaraciones de algunos políticos y publicistas nacionalistas vascos y catalanes. Y asimismo entre historiadores patriotas como Agustí Colomines e historiadores neo-carlistas como Evaristo Olcina, que recrea la historia del carlismo para justificar los cambios que en el seno de este movimiento tuvieron lugar en la década de 1960 y que dieron lugar al carlismo autogestionario. Ya casi nadie, entre los historiadores serios, defiende hoy en día estas posiciones.

Un par de argumentos resultan recurrentes entre sus avaladores: los fueros y la geografía. Según ellos, la defensa de los fueros por parte de los carlistas les convertiría en una especie de nacionalistas *avant la lettre*. Pero ni los carlistas fueron los grandes defensores de los fueros, ni tampoco los únicos, ni tan siquiera los primeros. Todos los estudios recientes tienden a subrayar la importancia del fuerismo liberal en el País Vasco. Los Fueros no siempre se adjuntan a la divisa carlista (*Dios, Patria, Rey*) y no demasiadas veces lo hacen, siempre en el estricto sentido de libertades tradicionales, antes de fines del siglo XIX. La Primera Guerra Carlista no fue una guerra foral, tal como demostró hace ya algunos años Mari Cruz Mina y otros autores han corroborado en sus investigaciones. José Ramón Urquijo asegura que, si se dejan a un lado las grandes proclamas, los documentos internos del carlismo "evidencian un gran desprecio por el sistema foral", y, si de éstos se pasa a la práctica, no resulta difícil "constatar numerosos contrafueros". No se luchaba por los fueros –y menos aún si se pretende interpretarlos de manera presentista, como supuestas bases pre-autonómicas–, sino que, en todo caso, los fueros formaron parte en algunos territorios de la lucha. La abolición foral de 1876, junto con la emergencia –y, no se olvide, la competencia– de regionalismos y nacionalismos periféricos, estimularían sin lugar a dudas la incorporación en más ocasiones de la palabra Fueros al trío tradicional.

Cuestionable geografía

Por lo que a la geografía se refiere, el argumento es simple: el carlismo se habría desarrollado en los territorios de los futuros nacionalismos periféricos, en especial el País Vasco, Navarra y Cataluña. Aquí las cosas son también algo más complejas. La geografía del carlismo no se limita, de entrada, a estas zonas, sino que tuvo también gran importancia en otras, como Aragón, Valencia o Andalucía; ni tampoco los apoyos resultan homogéneos en el interior de cada uno de estos territorios. Sea como fuere, el carlismo, tras unos estallidos que afectaron a zonas muy diversas del territorio español, tendió a consolidarse en algunas áreas del Norte peninsular, aunque sin desaparecer nunca totalmente del resto. Factores como la amplitud y las consecuencias de los procesos de transformación y de modernización que tuvieron lugar en estas áreas en el siglo XVIII y a principios del siglo XIX, en todos los terrenos –desde la industrialización y las especializaciones agrarias hasta la introducción de nuevas ideas y los ensayos reformistas, pasando por cambios en las formas de propiedad o en la valoración sociocultural de determinadas ocupaciones o instituciones–, junto con la herencia de las movilizaciones contrarrevolucionarias del Trienio Liberal y la Década Ominosa y, también, la actitud de las élites tradicionales, permiten explicar de manera adecuada este enraizamiento.

Existe un corolario de la falsa idea anterior: la pugna entre liberalismo y carlismo del siglo XIX se habría transformado, en el XX, en otra entre nacionalismo español y nacionalismos catalán y vasco, siendo los dos términos de esta última oposición los continuadores de los de la primera. Aquí solamente debería añadirse un par de cosas. Primeramente, no hay evolución directa desde el liberalismo del siglo XIX al nacionalismo español. Existen, en todo caso, como siempre ocurre, algunos materiales aprovechados e ideas reelaboradas. Es una vía entre muchas otras vías. En segundo lugar, el nacionalismo español del siglo XX es profundamente deudor, también, del carlismo. Piénsese, por ejemplo, en Juan Vázquez de Mella o en Víctor Pradera. Los procesos históricos son siempre mucho más complicados de lo que la fe nacionalista, sea ésta del nacionalismo que sea, intenta hacernos creer.

2) Desde el carlismo a ETA, en el País Vasco tiene lugar desde hace doscientos años una misma lucha.

Esto es lo que viene a contarnos Arnaldo Otegui en su peripatética intervención en la película *La pelota vasca* (2003), de Julio Médem. O lo que se sostenía en el diario *Egin*, en 1988, cuando se aseguraba que Herri Batasuna era "la continuidad consciente" de la lucha del campesinado vasco carlista en las guerras del siglo XIX. Todos faltan burdamente a la verdad histórica. Sostener que los carlistas son los antepasados de los radicales abertzales y de los etarras es, simplemente, una barbaridad.

Cosas no muy distintas podrían decirse de los intentos de conversión de Tomás de Zumalacárregui en un independentista y patriota vasco. Telesforo Monzón, por ejemplo, en el espacio televisivo de Herri Batasuna en la campaña electoral de 1979, lo consideró, junto a Sabino Arana y a José Antonio Aguirre, como uno de los tres patriotas más grandes que habían existido en Euskadi. En más de una ocasión, su nombre ha sido asimismo equiparado, en tanto que patriota vasco, al de los activistas etarras. El precedente lejano de todas estas invenciones fue, sin lugar a dudas, el escritor vascofrancés Joseph-Augustin Chaho. Únicamente la desesperada e indiscriminada necesidad de referentes puede